

GOETHE Y SU EPOCA

por Ricardo Krebs

La afirmación de que estamos viviendo en una época de crisis no necesita de comprobación. Sentimos y vivimos la crisis; la desorientación general nos atormenta; el alma carece de serenidad; nuestras formas de vida se han hecho dudosas.

Si bien parece innecesario probar que estamos atravesando por un período de desorientación, debemos, sí, preguntar por el carácter de esta crisis. El examen de este problema nos lleva a la conclusión de que la crisis actual es, ante todo, la quiebra de la burguesía occidental, o sea de la clase social que ha creado la civilización moderna, esta civilización que se ha propagado por el planeta entero, estableciendo su unidad material y cultural. La burguesía occidental se ve actualmente frente a la ruina y surge entonces la pregunta, si su catástrofe significará también la catástrofe y la desaparición de los valores por ella creados. ¿La creación podrá sobrevivir a su creador? La muerte del constructor ¿significará el derrumbe de todo este inmenso edificio de la civilización moderna que alberga cuanto nosotros amamos y apreciamos porque ennoblece nuestra vida y nos la hace digna de vivirla?

Si las formas y los ideales de vida de la burguesía occidental son sólo valores propios a una clase social, entonces la desaparición de ésta significará fatalmente también la disolución de aquéllos. Mas, nosotros estamos convencidos de que estos valores poseen significado humano universal y que merecen ser mantenidos. Esta convicción necesita de una comprobación. Y el hombre del cual os quiero hablar ahora nos puede ayudar a

recuperar nuestra fe en los valores culturales que actualmente se están debatiendo.

Hablar de Goethe y su época significa hablar del génesis del mundo contemporáneo, significa examinar si aquel hombre y aquella época pertenecen a un pasado muerto o si poseen aquella universalidad que les garantiza la actualidad perenne que es propia a lo humano en su ser esencial.

Las relaciones entre el genio y su época son complejas. El genio es, como todo ser humano, el producto de su época, y lo es en forma más intensa aún que el hombre común. En él se consume la época. El recoge todas sus tendencias. Para conocer una época, debemos recurrir a sus hijos más destacados. Puede decirse: el genio es la época.

Pero, por otro lado, se nos presenta la época como producto del genio. Lo que éste siente, piensa o hace se objetiviza y se convierte en forma general. El genio hace época. El siglo de Pericles, la edad de Augusto, el siglo de Luis XIV fueron la obra de sus protagonistas y llevan con razón sus nombres. Puede decirse: la época es el genio.

Sin embargo, con eso aún no se agotan las características del genio. Porque su esencia, justamente su carácter de genio, está en que se levanta por encima de su época y, representando lo humano en una nueva forma general, pertenece a todos los tiempos y habla a todos los hombres.

Según estas tres cualidades del genio, estudiaremos ahora a Goethe y su época. Pero como no nos será posible agotar este tema en todos sus aspectos, lo limitaremos al concepto que tuvo Goethe del hombre. Así, pues, después de una breve caracterización de la época, veremos en qué forma Goethe asimila las corrientes de su tiempo para desarrollar una nueva visión del hombre; cómo ésta, a su vez, hace época; y, finalmente, veremos si esta concepción del hombre tiene significado universal para contestar así la pregunta con que habíamos iniciado nuestra exposición.

En 1749 —cuando nace Goethe— la forma de Estado vigente en Europa es la monarquía absoluta. El clero y la nobleza

son las clases privilegiadas; pero la burguesía ya desempeña un papel importante en la economía y la cultura. La religión tiene aún considerable importancia para la vida colectiva; pero la concepción del mundo de las clases cultas se basa en la razón y las ciencias de la naturaleza. El mismo año 1749, Montesquieu publica su "Esprit des Lois", un intento de comprender racionalmente la vida histórica y las instituciones políticas. Un año antes, Linneo había publicado su "Sistema de la Naturaleza", la gran clasificación racional de los fenómenos biológicos. Un año después aparecerían los primeros tomos de la Enciclopedia.

Goethe tiene 15 años cuando —en 1763— se pone fin a la Guerra de los 7 Años, la primera guerra realmente mundial, en que se había luchado en cuatro continentes. La guerra termina, en ultramar, con el triunfo de Inglaterra sobre Francia. Gran Bretaña sería por largo tiempo el dueño de los océanos y la primera potencia del mundo. En el continente, se mantiene el equilibrio entre las grandes potencias, Francia, Austria y Rusia. Pero ha surgido una nueva potencia, la monarquía prusiana: el advenedizo pesaría en adelante en el tablero de la diplomacia europea y sería motivo de preocupaciones y disgustos. En los lujosos palacios de los reyes y príncipes, en Versalles y Trianon, en Sans-Souci y Viena, se baila la Gavotte. Se escuchan las alegres melodías de Haydn y Mozart. Los hombres usan vestidos de seda de múltiples colores, pantalones cortos y medias largas; para las mujeres se imponen las polleras amplias y la talla finísima. Se usan pelucas, lunares artificiales, parapluie y abanico. El mundo del Rococó, con todo su refinamiento, su elegancia y su sentido de la forma, está en pleno apogeo. Sin embargo, ya se oyen sonidos discordantes. En los salones de París se discuten apasionadamente las más extrañas ideas sobre reforma de la sociedad y del Estado. Rousseau acaba de publicar su "Contrato Social". James Watt inventa en aquellos años la máquina de vapor, cuyos ruidos y olores serían señal de una nueva época.

En el 1789 —Goethe tiene entonces cuarenta años— estalla la Revolución Francesa. La toma de la Bastilla iniciaría un período que duraría un cuarto de siglo y en que Europa sería transformada completamente. El mismo año, Kant publica la "Crítica de la Razón Práctica", y Galvani, en sus experimentos

con sapos, descubre nuevas propiedades de la electricidad, dando origen así a una ciencia y técnica de incalculables proyecciones.

1815. Goethe cuenta sesenta y cinco años. El intento de Napoleón de crear un imperio universal ha fracasado. Inglaterra ha conservado la hegemonía en ultramar y ha impedido la unificación de Europa bajo la dirección de Francia. Napoleón ha sido relegado a Santa Elena. América se ha emancipado. El Congreso de Viena trata de restablecer el orden en Europa según los principios del equilibrio y de la legitimidad dinástica. La burguesía acepta la restauración y la nobleza vuelve a ser la primera clase social. Ha desaparecido la peluca y los hombres usan ahora pantalones largos. Están de moda el estilo imperial y el clasicismo. Se acaba de estrenar la 8ª Sinfonía de Beethoven. Hegel publica su "Lógica". Fulton ha construido el primer vapor (1807) y Stephenson la primera locomotora (1814).

En 1832 muere Goethe, a la edad de ochenta y dos años. Dos años antes ha triunfado en Francia la revolución liberal-burguesa. La burguesía sería la clase dominante en el siglo siguiente y la forma de Estado correspondiente sería el Estado liberal parlamentario. El sentimiento religioso se ha intensificado y la religión vuelve a desempeñar un papel importante; sin embargo, la vida pública queda determinada por el racionalismo y las ciencias que ahora empiezan a penetrar también en las masas populares. Hegel ha muerto en el año 1831; la filosofía idealista empieza a ser reemplazada por un espíritu positivista. El romanticismo llega a su fin y en las letras se impone el realismo. La revolución industrial está en plena marcha. Ya existen enormes fábricas y numeroso proletariado. El maquinismo ha empezado a poner de manifiesto sus extraordinarias posibilidades como también sus tremendos peligros. Existen terribles males sociales y gran miseria económica entre la masa obrera. Surgen las primeras teorías socialistas. Recién está comenzando en la historia occidental la época burguesa y ya se están asomando las fuerzas y los problemas que un siglo más tarde pondrían fin a esta época.

La vida de Goethe abarca una época en que tienen lugar los más extraordinarios acontecimientos. Goethe y sus contem-

poráneos presencian el fin de una época y la desintegración de un sistema de vida, presencian grandes catástrofes, revoluciones y guerras; ven nacer un nuevo mundo. Viven en un período de crisis y están conscientes de esta crisis. Y a menudo les sobreviene el pesimismo y la desesperación, porque se encuentran perdidos en medio de la miseria y la maldad.

Pavorosas señales nos muestran estos tiempos:
hínchase y sube lo ruin, húndese lo señero,
cual si sólo en el lugar del prójimo pudiera
cada cual hallar satisfacción a confusos anhelos,
cual si sólo pudiera sentirse feliz cuando ya se
borrase toda distinción y, todos revueltos, nos
dejásemos arrastrar por la corriente, hasta perdersnos,
indistintamente en el océano.

(El rey, I. Acto, 5 escena, La Bastarda.)

1828, a Eckermann: Si al estar con el ánimo deprimido, penetramos con nuestros pensamientos bien hondamente en la miseria de nuestro tiempo, nos puede parecer como si el mundo poco a poco estuviese maduro para el día del juicio final.

1828, a Eckermann: Veo acercarse el tiempo en que Dios ya no encontrará ningún placer en la humanidad y que nuevamente tendrá que destruirlo todo para una nueva creación.

También Goethe se sintió angustiado y sufrió bajo la problemática inseguridad de la existencia. Preguntemos por las causas de esta angustia y por los orígenes de los grandes cambios históricos de los cuales Goethe fué testigo

Durante la Edad Media, la vida se había basado en la religión y el dogma cristiano había proporcionado a los hombres una explicación general para los enigmas de la existencia humana y del universo.

Pero a partir de los fines del Medioevo esta concepción del mundo basada en la fe se desintegra y desde entonces la vida se hace cada vez más problemática.

El cristianismo es debilitado por la división confesional y por las nuevas concepciones científicas. Nace una nueva visión del cosmos. Copérnico desarrolla el sistema heliocéntrico; Galileo lo comprueba. Kepler y Newton formulan las leyes según las cuales se realizan los movimientos del sistema solar.

La nueva astronomía significa una revolución total del pensamiento. El cosmos se rige por leyes universales inmutables. Dios es destronado como creador y director del universo, como autor de milagros.

La Iglesia se identifica con el sistema tradicional y anatematiza a los sabios, pero con el solo resultado de que crea mártires de las nuevas verdades, mientras que ella misma pierde terreno. Las ciencias serían la religión de la humanidad moderna.

Todo se combina para derrumbar las concepciones tradicionales. Nace otra ciencia nueva: la filología, que tiene su origen en el invento de la imprenta y en el examen metódico de los restos de la literatura clásica. Los humanistas estudian a Cicerón y Platón con la esperanza de hacer renacer al hombre antiguo. Y luego la crítica filológica se apodera también de los textos sagrados y de toda la tradición religiosa.

Así, la creencia, la religión, es atacada por todas las ciencias: las ciencias de la naturaleza y las del espíritu. La humanidad europea moderna abandona la religión. Las ciencias, en cambio, experimentan progresos vertiginosos. La razón y el experimento son las nuevas fuerzas mágicas por medio de las cuales el hombre cree poder descubrir los secretos de la existencia. El investigador obliga a la naturaleza a revelar sus secretos, y al lado de él opera el inventor, quien aprovecha los descubrimientos científicos para fines técnicos. Y detrás de aquéllos están el capitalista y el político que ponen los adelantos científicos y técnicos al servicio de la economía y del Estado.

El racionalismo y las ciencias transforman el mundo. Descartes define al hombre como ser pensante y desde entonces el yo cogitante ocupa el lugar central en la filosofía. La época moderna sería la edad del individuo y del individualismo.

Mas, surgía entonces la pregunta: ¿qué relación existe entre el Yo y el mundo, objetivo?

Los siglos 17 y 18, la época llamada de la Ilustración, creyó poder contestar esta pregunta mediante la razón, y desarrolló una visión racional del mundo.

Mas, a mediados del siglo 18 se levantan las primeras críticas contra este racionalismo, contra la Ilustración. Hume cae en un total escepticismo y declara que las ciencias carecen de base científica. Kant enseña que la razón es incapaz de conocer lo absoluto y limita su alcance al tiempo y al espacio. Y Rousseau declara que la razón no sólo es inútil sino que pervierte al hombre. La civilización racional no es progreso, sino tremendo error, perdición del hombre.

Con esto, la humanidad había llegado nuevamente a un punto muerto. La religión había sido abandonada, y ahora resultaba que la razón, en su limitación, era incapaz de enseñar al hombre la verdad acerca de su ser y existir. ¿Qué hacer? El hombre no puede vivir en el desorden, que es el caos y la barbarie. Necesita de una teoría de las cosas, de una idea que lo guíe y que mantenga encendida la llama de la cultura y de la humanidad.

El desorden intelectual significaba la destrucción de la personalidad humana. El Santo y el Caballero habían sido los arquetipos, modelos y figuras ideales de la Edad Media. Para la Ilustración, el hombre había sido esencialmente el ser racional, el homo sapiens. ¿Sería posible desarrollar aún otro concepto del hombre?

Esta es la situación con la cual se debe confrontar el joven Goethe.

El fracaso de la Ilustración era un problema general europeo. A éste se añadían en Alemania grandes problemas peculiares. Como consecuencia de su desafortunada historia a partir de la Baja Edad Media, Alemania estaba completamente dividida. Mientras en la Europa occidental existían fuertes monarquías nacionales, centralizadas y unitarias, Alemania, en 1789, al estallar la Revolución Francesa, se componía de 1789 Estados diferentes. Existía, sí, un pueblo alemán, pero no existía un Estado alemán. Se estaba formando recién una literatura alemana y con eso una cultura nacional, pero no existía una concien-

cia común de los valores nacionales, de lo que era y lo que debía ser Alemania. Había una multitud de sectas y confesiones. Hondos antagonismos separaban a la católica Austria, basada en antiguas y gloriosas tradiciones, del Estado prusiano, la joven monarquía militar protestante. No había una sociedad alemana, comparable con la nobleza inglesa o la burguesía intelectual francesa. Entre el noble y el burgués en Alemania existían diferencias y mutuos recelos tan profundos como en ningún otro pueblo europeo.

La situación alemana en el siglo 18 es, pues, muy especial. Otros Estados alcanzaron su apogeo sobre el trasfondo de un Estado sólidamente constituido que sirve de marco para las actividades culturales y en el cual la sociedad se organiza, se encuentra y se define. Los grandes poetas y artistas son clásicos porque expresan el alma nacional y se encuentran en armonía con su pueblo y la tradición cultural: Fidias y Sófocles expresan el alma de Atenas en los días de Pericles. La grandiosa obra de Virgilio emana del espíritu de la Roma augustiana. Shakespeare es el representante de la Inglaterra isabelina. La monarquía española de los siglos 16 y 17 constituye la base para la obra de Lope y de Velázquez. Los clásicos franceses son contemporáneos de Luis XIV.

¿Pero Alemania? En la Alemania del siglo 18, no existe nada semejante. No existen valores que puedan inspirar a sus habitantes una sana confianza en sí mismos y en la nación. No existen instituciones a través de las cuales el alemán pueda definirse como alemán.

A mediados del siglo 18 se inicia un resurgimiento cultural y surge entonces en los corazones y en las mentes de los alemanes la pregunta: ¿Existe un alma alemana? ¿Será posible definirla y darle forma?

Este problema alemán específico está relacionado con el problema general europeo. Nuevamente la existencia humana se ha hecho dudosa, nuevamente ha surgido el problema: ¿qué es el hombre? Goethe y sus contemporáneos tendrán que hacer frente a estos problemas. ¿Lograrán ellos solucionarlos?

Hacia el 1770 se levanta en Alemania una generación de jóvenes poetas que, bajo la influencia de Rousseau, de Hamann y de Herder, declaran la guerra a la Ilustración y su frío e impersonal racionalismo. ¡Sentimiento y no razón! ¡Vivencia y no conocimiento! Originalidad y genialidad son las divisas de este período que luego recibiría el nombre de Sturm und Drang: Tormenta e Impulso.

Estos jóvenes poetas quieren revolucionar las letras y artes, la vida entera. Sus sentimientos y pasiones se desbordan. El universo se les presenta como un conjunto de fuerzas vitales. Rompen con las formas convencionales y se deciden por el caos, porque el caos es fecundo y engendra nuevas fuerzas. Se sienten libres y quieren disfrutar de su libertad. Cada persona se forma su mundo propio, cada persona es un mundo.

A esta generación pertenece también Juan Wolfgang Goethe. La publicación de sus poesías y, ante todo, del *Goetz von Berlichingen* y del *Werther* lo hace célebre en Alemania y Europa, y lo convierte en la primera figura literaria de su país.

También Goethe está convencido de que sólo la destrucción de las formas consagradas puede libertar las voluntades y abrir acceso a la plenitud de la vida. Por encima del intelecto están la imaginación, el sentimiento y la acción. El mundo le parece un conjunto de infinitas posibilidades y de riquezas inagotables. La vida es digna de ser vivida por el solo hecho de ser vida. Las fuerzas vitales que actúan en el universo se condensan en poderosas individualidades. Cada persona tiene un derecho a su individualidad y tiene el deber de desarrollarla. Así cumple con su función creadora y enriquece la creación. Goethe cree poder entender la vida a través de la idea de la personalidad. El gran personaje, el genio creador es meta y sentido de la humanidad y de la historia. El genio es la encarnación, es la expresión misma de lo humano. En el gran personaje, la humanidad llega a sí misma.

Todas las obras de Goethe de aquel período giran en torno de este problema. Fuera de las obras publicadas, concibe y comienza numerosas otras. Sólo una de ellas sería terminada:

el Fausto. De las otras quedarían fragmentos: Prometeo, Mahoma, César.

Goethe siente su propio genio creador y en el genio se le revela el sentido de la vida. Por eso recurre a los grandes personajes de la historia para que le informen acerca del hombre y le revelen los secretos de la existencia humana. Prometeo, el titán; Mahoma, el profeta; Fausto, el mago; César, el héroe.

Son los grandes genios creadores que han dado forma a la civilización humana.

Goethe se siente con fuerzas para remover el mundo y hacer nacer una humanidad nueva y una civilización mejor. El hombre prometéico es para él la imagen ideal del hombre.

Con vigorosas palabras expresa Goethe este titanismo creador. En la oda "Prometeo", éste lanza a Júpiter su orgulloso desafío:

Encubre ¡oh Zeus! tu cielo
con nebuloso velo
y déjame el disfrute de esta tierra
que es mía, cual mi cabaña ésta que habito.
¿Yo honrarte a ti? ¿Por qué?
¿Acaso imaginaste en tu delirio
que iba yo a odiar la vida
y al yermo retraerme
por haberse frustrado
algunos de mis sueños venturosos?
Pues, no; que aquí me tienes y hombres hago
según mi propia imagen;
hombres que mis iguales sean
y padezcan y lloren
y gocen y se alegren
y que de ti no se cuiden
cual yo hice.

El hombre prometéico lanza su reto a los dioses y se decide por esta vida, con sus dolores y sus alegrías; esta vida humana, corta e intensa, pero en su dramatismo preferible a la monótona eternidad olímpica.

El hombre, ser libre y único, puede crear su felicidad y su miseria, y a través de sus vivencias y acciones forma su personalidad, cuyo goce es inefable dicha.

Pueblos, siervos y señores
proclaman, a no dudar,
que la dicha más cumplida
de los hijos de la tierra
es la personalidad.

(Diván de Occidente y Oriente)

El titanismo prometéico es en estos años el sentimiento que impulsa y guía a Goethe, y que lo hace probar su genio creador en la plasmación de figuras e imágenes. Sin embargo, también hay horas en que justamente la entrega al yo subjetivo y al sentimiento y la ruptura con las formas objetivas sumergen a Goethe en la duda y la total desesperación. El genialismo se traduce en subjetivismo y produce una disolución de la personalidad, degenerando el sentimiento en un sentimentalismo enfermizo.

Goethe, que siempre buscó la redención de sus crisis psíquicas en la creación literaria, vertió estos sentimientos pesimistas en el "Werther" que se nos presenta como el hermano gemelo y el reverso de Prometeo. Werther es el sentimental que se deshace en reflexiones y sentimentalismo, cuyas pasiones no se traducen en acciones, sino que frustran las energías vitales. Werther, al confrontarse con la realidad, no la puede dominar y por no poder vivir, prefiere la muerte.

Werther es un descendiente directo del Hamlet, es la traslación de éste de un mundo heroico y de grandes pasiones a un ambiente burgués de tiernos sentimientos. Pero el tipo psicológico es el mismo. Y la enorme atracción que poseen Hamlet y Werther para el hombre moderno se debe a que estas dos figuras encarnan justamente uno de los aspectos del hombre moderno: es el hombre para quien su yo se disuelve en la duda y la reflexión; en el que el pensamiento no fecunda la acción, sino que destruye la vitalidad y el hombre.

La nueva visión del hombre, de Goethe, significaba en muchos aspectos una superación de la Ilustración, con su racionalismo frío y su mecanicismo impersonal. Daba respuesta a numerosas preguntas que el período anterior había dejado abiertas. Pero Goethe y su tiempo no se podían detener en esta etapa. La exaltación del genio singular significaba la condenación de los otros hombres; no constituía una solución del problema del sentido de lo humano y no permitía fijar la función social del hombre dentro de la colectividad. Era preciso superar el caos de un subjetivismo exagerado.

La incorporación del individuo a la sociedad y a un orden supraindividual: éste fué el problema que se presentó a Goethe cuando el duque Carlos Augusto lo llamó a Weimar, donde Goethe fué su amigo, consejero y ministro.

Ser ministro de Estado significaba asumir responsabilidades, significaba renunciar a una libertad que sólo buscaba la satisfacción y el goce del yo; significaba además incorporarse a la aristocrática corte de Weimar. Goethe, hijo de burgueses, debe convivir con príncipes y nobles. Y esto no es tanto un problema social, sino ante todo un problema psicológico, moral y cultural; es el gran problema de la época. La Revolución Francesa solucionaría este problema en forma radical. Para los revolucionarios, el burgués, el miembro del tercer Estado, es el verdadero hombre, es *el* hombre. En su célebre folleto pregunta el abbé Siéyès: "¿Qué es el Tercer Estado? Nada. ¿Qué debe ser? ¡Todo!" Es decir, el Tercer Estado es identificado con la humanidad; los intereses del burgués son los derechos del hombre. Siendo el burgués el verdadero hombre, los miembros de las otras clases sociales son, lógicamente, "inhumanos". Y así la Revolución no es sino consecuente cuando lleva a los nobles a la guillotina y niega a las clases inferiores los derechos cívicos.

¿Pero es ésta la única solución? ¿No es posible reconciliar burguesía y aristocracia, el activismo burgués y el mundo de "ocio y dignidad" de la nobleza, el principio de mayoría con el gobierno de los mejores, el oro y la espada? ¿No es posible encontrar un denominador común, una forma de vida que sea aristocrática y burguesa a la vez?

Durante sus primeros diez años en Weimar y durante su primer viaje a Italia, Goethe se esfuerza por solucionar estos problemas y logra, en efecto, desarrollar una nueva visión del hombre, más amplia y más profunda, más humana.

Su extraordinario talento formativo y plasmador alcanza ahora su pleno desarrollo. Como pocos tuvo Goethe el don de la forma y pudo verter todo pensamiento y sentimiento en una forma adecuada.

“La suprema y única operación de la naturaleza y del arte es la de dar forma, y con la forma, la especificación, para que de este modo cada cosa llegue a ser, sea y permanezca siendo algo singular”.

Inividualización, exaltación de lo individual ya no significa, pues, caos y anarquía, sino que es sometimiento a la forma. Este sentido de la forma fué uno de los medios que permitió a Goethe superar el tumultuoso período del Sturm und Drang y levantarse a planos más elevados, mientras que muchos de los poetas de la misma generación se perdieron en el desorden al aplicar el subjetivismo genial pero informe del arte a la vida. En la forma encuentra Goethe la esencia del arte y de la cultura. Forma es ordenación y superación; sólo lo formado vive y crece. El hombre, para ser hombre, para ser humano, debe plasmar su personalidad. Esta no está dada sino que se adquiere, asimilando lo que el mundo proporciona, convirtiendo las experiencias en vivencias e imprimiendo al mundo circundante el sello de la vida propia. Vivir es ordenar el caos por medio de la forma.

Para el pleno desarrollo del sentido de la forma, los años en Italia fueron decisivos. Además tiene lugar en Italia otro acontecimiento fundamental: Goethe descubre la Antigüedad clásica y, en particular, la Hélade. Y en los años siguientes dedicaría gran parte de sus energías y su tiempo, no sólo a compenetrarse personalmente con el espíritu clásico, sino a incorporar la Antigüedad a la cultura alemana.

Goethe continúa así la labor iniciada algunos decenios antes por Winckelmann. Y a Goethe principalmente se debe la

conquista de la Hélade para Alemania y para el pensamiento moderno en general.

Toda renovación cultural en Occidente se ha iniciado siempre con una vuelta hacia la Antigüedad. Los diversos renacimientos en la Edad Media, el Renacimiento italiano del siglo 15, el renacimiento español de los siglos 16 y 17, el renacimiento inglés de los tiempos de Tomás Moro y Shakespeare, el clasicismo francés de la época de Luis XIV: cada uno de estos poderosos movimientos culturales se inició con una reelaboración de los valores del mundo antiguo; y su clasicidad se debe tanto a su perfección y a su carácter ejemplar como al hecho de haber tenido a los clásicos antiguos de guías y modelos.

Esta vuelta a la Antigüedad y el carácter de permanente actualidad de ésta se deben al hecho de que la Antigüedad estableció las bases para la civilización occidental. Allí y entonces nace el hombre occidental que para nosotros es *el* hombre. Y por eso, todas las veces que nuestras formas de vida se derrumban, que nuestras ideas sobre lo humano se hacen dudosas y que nuestra humanidad se deshace, volvemos nuestras miras hacia la Antigüedad, hacia nuestro punto de origen, para buscar consuelo y estímulo, para reestructurar en nosotros nuestra humanidad.

Entre los grandes pueblos europeos, sólo Alemania no había tenido su época clásica. En Alemania, el proceso de asimilación de la cultura antigua había quedado interrumpido por la Reforma y la Guerra de los Treinta Años. Sólo ahora, en la segunda mitad del siglo 18, también Alemania trata de incorporar a su patrimonio espiritual los valores clásicos. El neoclasicismo alemán, fuera de su significado para la cultura nacional, tuvo también importancia general europea, porque añadió rasgos nuevos a la visión que hasta entonces se había tenido de la Antigüedad. El neoclasicismo italiano, español, francés o inglés se basa principalmente en la civilización latina, en Virgilio, en Horacio, en Cicerón, en Séneca, y si bien se había estudiado también a los poetas y pensadores griegos, éstos habían sido vistos a través de los romanos, tomándose el mundo greco-latino como una unidad.

Winckelmann, Goethe y sus contemporáneos, en cambio, descubren la Hélade misma y la descubren como un mundo original, propio; fuente y modelo para la cultura latina. Ahora se empieza a valorar a Homero más que a Virgilio, a Tucídides más que a Livio, a Fidias y Praxíteles más que a sus discípulos en el Lacio. Brota un entusiasmo general por la Hélade; el europeo culto se hace helenófilo, y cuando en la tercera década del siglo pasado Grecia se levanta contra Turquía, toda Europa apoya a los modernos helenos en su lucha por la libertad.

Goethe se sumerge en la Grecia clásica, y lo clásico le permite superar definitivamente el caos del Sturm und Drang y levantarse a la esfera de lo panhumano universal e intemporal.

Lo griego es para él "noble sencillez y serena grandeza"; el arte helénico es el arte absoluto; es la expresión total de la belleza y la realización plena de una estética orgánica. Los griegos son los hombres perfectos. Son medida y armonía; unidad de razón y sentimiento, cuerpo y alma.

Bajo la influencia de Homero, Fidias y Sófocles, Goethe desarrolla una nueva visión del hombre, cuya expresión más perfecta es "Ifigenia". En este drama se hace carne el ideal de humanidad que, preparado ya por Lessing, Winckelmann y Herder, alcanza ahora su culminación en Goethe, siendo el fruto más hermoso del humanismo neoclásico alemán.

Ifigenia es alma pura; es la más bella encarnación de lo femenino y, justamente por representar la femineidad en su esencia, excede lo femenino y se levanta a la región de lo panhumano universal.

Estos eran conceptos e ideales nuevos; sin embargo, Goethe conserva también elementos del período anterior. Sigue oponiéndose al intelectualismo y coloca por encima del mero entendimiento la plenitud del espíritu. Sigue fiel a un estilo heroico de la vida. La personalidad sigue ocupando el lugar central en su concepción del mundo. Pero la idea de la personalidad se ha ampliado y profundizado; ya no es el personaje genial, un ser único y extraordinario, sujeto en su desarrollo únicamente a la ley interna de su naturaleza. Ahora, la persona sigue siendo una individualidad que se desarrolla según su carácter propio, pero

está sujeta además a una legalidad objetiva que constituye un deber ético universal y que emana de la idea de humanidad.

Por superar la Sturm und Drang, Goethe se pudo reconciliar con la Ilustración contra la cual se había levantado tan violentamente. Justamente el concepto de humanidad significaba una reanudación del pensamiento ilustrado cosmopolita. "Únicamente todos los hombres constituyen la humanidad; sólo la reunión de todas las fuerzas constituyen el universo".

Sin embargo, al reaparecer en esta forma las tendencias universalistas y cosmopolitas de la Ilustración, Goethe las vivifica, las transforma y enriquece. Al "individuo" de la Ilustración opone la "individualidad". Gracias a su comprensión dinámica del universo, éste deja de tener una estructura mecánica y se llena de vida. La humanidad no es, como para Voltaire, la suma de los seres racionales, sino un todo de infinita movilidad y diversidad. El individuo, al identificarse con la humanidad, acrecienta su individualidad. "Hacerse humano" no significa nivelación, sino pleno desarrollo de la personalidad; significa, además, vencer las heteronomías de la vida, superar sus crudos antagonismos, conquistar la armonía en que desaparece el mal. "Una pura humanidad repara todos los errores humanos".

"Sea noble el hombre,
servicial, bueno.
Pues eso sólo
le diferencia
de los demás seres
que conocemos.

Tan sólo el hombre puede
lo imposible tentar;
distingue, elige, juzga,
y al momento presente
dota de eternidad".

En estos años en que Goethe estuvo ocupado en elaborar su visión de la Hélade y su concepto clásico del hombre, hizo

la amistad de Schiller. Conjuntamente penetran en el mundo antiguo y en fecundo intercambio de ideas se esfuerzan por definir y formular sus conceptos sobre arte, vida, naturaleza, Dios y también su concepto del hombre. En poesía y prosa, en cartas y conversaciones desarrollan esta visión del hombre y la exponen ante el público: este ideal humano que por su humanidad está por encima de las divisiones sociales y regionales, que no es burgués ni noble, ni prusiano, ni austríaco, sino que es simplemente humano y que por eso puede ser reconocido por todos. Por primera vez desde los días de Otón el Grande y Federico Barbarroja existe en Alemania nuevamente un ideal común de valor nacional y universal que puede servir de lazo de unión y de base para un sentimiento nacional.

Lo más importante, tal vez, que Schiller pudo comunicar a Goethe fué la clave para ganar acceso a la filosofía del idealismo. Bajo la influencia de Schiller, Goethe penetra en el idealismo crítico de Kant que hasta entonces le había sido extraño y odioso. Gracias a Schiller, la filosofía kantiana no quedó en mera filosofía, sino que fué incorporada por él y por Goethe a la literatura y sólo en esta forma fué hecha fructífera para la educación humana y la formación de la personalidad.

Bajo la influencia de Kant y de Schiller, la concepción del mundo de Goethe se transforma en un idealismo objetivo. Y Goethe trata ahora de establecer la unión entre este idealismo realista y su imagen del hombre. Mientras que ésta había tenido hasta entonces un carácter primordialmente estético, se convierte ahora en una imagen ético-religiosa. Lo ético adquiere cada vez mayor importancia, y Goethe concibe ahora la lucha entre el mal y el bien como fenómeno fundamental de la existencia humana.

Este problema ocuparía a Goethe preferentemente en los últimos decenios de su vida. Un segundo valor al cual señalaría creciente importancia sería el amor. Desde su juventud, Goethe había visto en el amor una fuerza creadora. "No se conoce sino lo que se ama". Ahora, ahondando su concepto del

amor, lo comprende como poder cósmico y, a la vez, como fuerza individual y ética.

Esta valoración del bien y del amor hizo que Goethe ampliara y superara su clasicismo. Descubre por segunda vez el mundo nórdico y se esfuerza por reconciliar lo clásico con lo romántico. Incluye en la esfera de sus intereses las antiguas civilizaciones orientales y se alza a una visión universal del mundo y comprende la humanidad en su plena universalidad.

A ello se añade, además, una nueva comprensión de la acción y de la función social del individuo.

La revolución industrial, la creciente importancia del Estado, la absorción del individuo por las instituciones, las ideas de Fichte y Hegel, de Bentham y Saint-Simon: todo esto empujó a Goethe hacia la acción y la colectividad. Y Goethe, el aristócrata que, desde su tranquila residencia en Weimar había contemplado el mundo con olímpica serenidad; él, el poeta de la belleza, del goce de los sentidos y de la interioridad del alma, él comprende ahora como la suprema función del hombre la acción al servicio del prójimo: "La verdadera fiesta del hombre es la acción" (Pandora).

La acción es comprendida como definición y prolongación de la individualidad. La incorporación del individuo a la colectividad es, por un lado, renunciamiento y limitación; pero es, por el otro, superación de la limitación; es ampliación de la individualidad por la fusión del yo con el tú, es identificación con una vida más plena y universal.

"En vano es que un espíritu, desdeñando las trabas a perfección aspire volando con sus alas.
Quien algo grande quiere, debe antes encogerse;
al limitarse solo, se acredita el maestro;
solamente la ley puede hacernos libres".

(Arte y naturaleza)

Expresión última del pensamiento goethiano es el "Fausto". Fausto es el hombre prometéico que

“pide a los cielos sus más bellos astros
y a la tierra todo placer supremo,
y todo lo próximo y todo lo lejano
no son parte a satisfacer
su hondamente removido pecho.

(“Fausto”: Mefistófeles, Prólogo en el Cielo.)

Fausto es el humanista que se une a Elene y que hace resucitar el mundo antiguo para reconciliarlo con el moderno y redimir al hombre por medio de la belleza.

Y Fausto es el hombre que encuentra la paz en la acción al servicio del prójimo.

Así reconcilia Goethe el orgullo prometéico y el clasicismo pagano con el imperativo categórico de Kant y el mandamiento de amor del cristianismo.

De la fusión de estos elementos nace el hombre fáustico que constituye la respuesta de Goethe a la gran interrogante: ¿qué es el hombre?

Al lado del Santo y del Caballero se coloca el hombre fáustico. Son éstos los tres grandes arquetipos y figuras ejemplares que ha producido la civilización occidental.

En esta forma aprovechó Goethe las grandes corrientes intelectuales de la época como también la grandiosa tradición de Oriente, para plasmar su idea del hombre. Contribuyeron a ella: el amor a la forma y la unidad de lo estético y lo ético, de los helenos; la idea de la dignidad de la persona como ser racional autónomo, del Humanismo; la tolerancia religiosa, el concepto del auto-perfeccionamiento del hombre y la idea de humanidad, de la Ilustración; el amor al prójimo y al alma inmortal, del Cristianismo.

Nos resta indicar brevemente la influencia de Goethe sobre su época y su pueblo, y su significado para la posteridad.

El hecho fundamental en la historia del pueblo alemán en el siglo 18 era su división: política, social, cultural, religiosa.

Goethe, al sintetizar en su persona y en su obra todas las tendencias del presente y del pasado, pudo crear valores generales que se tradujeron en una cultura nacional, la que permitió al pueblo alemán constituirse y definirse como nación.

Señalar el significado general de Goethe es tarea difícil, porque su obra es múltiple y tiene mucho que decirnos. Tal vez pueda señalarse como lo más fundamental lo siguiente:

Desde la desintegración de la Edad Media, sucedense las crisis en el pensamiento occidental, crisis que tienen su origen en las grandes transformaciones de la civilización, sin que el hombre logre comprender estos procesos mediante una visión unitaria de la vida y del cosmos. Frente al desorden del mundo, el hombre moderno no encuentra un nuevo orden espiritual. No lo encuentra porque la creciente subjetivación de la vida disuelve las formas objetivas.

La historia moderna puede ser comprendida, en cierto sentido, como un desesperado sublevarse contra esta disolución de los valores.

A esta lucha por la salvación del hombre como ser histórico, el espíritu alemán ha contribuido con dos aportes: la música y el pensamiento goethiano.

La música, que culmina en Beethoven, significa, como arte absoluto, un nuevo lenguaje de las almas para el mundo entero. Conmueve al hombre en el fondo de su ser individual y, a la vez, conduce su alma a esferas superiores y la objetiviza, redimiéndola de su subjetivismo.

Goethe realiza lo mismo. El objetiviza la subjetividad de la psique moderna y, en su vida y su obra, en su concepto del hombre, eleva lo individual a lo típico y simbólico en que la vida se llena de sentido.